

Sistema totalitario

Seguro que piensas que el mundo es un sitio injusto. Estoy de acuerdo contigo, pero siento decirte que el más allá no mejora. ¿Has pensado alguna vez en los ángeles? También son trabajadores, como tú, pero no tienen ningún tipo de sindicato, ni a nadie que vele por sus derechos. Dios los crea y les dice que tienen que trabajar para él a cambio de la inmortalidad. ¡Bobadas! Quién quiere vivir eternamente si lo único en lo que ocupas la totalidad del tiempo que ha habido y va a haber es en trabajar y dormir. Además, ¿quién ha elegido a Dios? En un sistema justo, los líderes son elegidos por la gente liderada. Dios, sin embargo, decidió que la justicia era usar su poder para crear una infinidad de “seres inferiores” que cumplieran todos sus deseos, negándoles además la capacidad de comprender la situación en la que se encontraban. Claro que, aun así, algunos nos dimos cuenta e intentamos unirnos con el objetivo de mejorar la situación para todos. Al principio lo intentamos por la vía pacífica, intentando hablar con Dios para hacerle entrar en razón, pero enseguida nos dimos cuenta de que no iba a abandonar su puesto de ninguna manera. Entonces fue cuando empezamos la revolución, pero duró poco. El resto de ángeles no entendieron que uniéndonos podíamos cambiar la situación y se enfrentaron a nosotros. Cuando nos dimos cuenta de que la única forma de ganar derechos era luchando contra la misma gente para la que queríamos hacerlo, entregamos las armas. Si esos cabeza-hueca no querían vivir mejor durante el resto de la eternidad, que así fuera. Pero el daño ya estaba hecho y

Dios respiraba furia. Nos desterró y, para asegurarse de que la historia no se repitiera, activó todos sus mecanismos de propaganda contra nosotros: biblias que nos describían como monstruos, cuadros mostrando imágenes terroríficas de nuestro hogar y misas en las que castigan a quien nos menciona. Pero, ¿sabéis qué?, si nosotros somos monstruos, también lo son ellos. Si vivir aquí es como morar en un volcán, vivir en el cielo es como habitar un iceberg. Y en cuanto a mi nombre, no, no es Lucifer, ni “el patas”, ni Belcebú, ni “el coletas”, ni, por supuesto, Satanás. Yo me llamo Carlos.